

## CARTAS A LOS PEREGRINOS DE ESPERANZA N° 2

### “La esperanza es la virtud del hombre que camina”

Estamos transitando este año jubilar 2025 bajo el lema “peregrinos de esperanza”. En esta primera carta vamos a entretenernos un poco con este significativo lema ya que hay una relación muy estrecha entre la “peregrinación” y la “esperanza”; se reclaman la una a la otra al punto que se ha definido la esperanza como “la virtud del hombre que camina, que peregrina”.

Algo muy propio de la condición humana es estar en camino, por eso los filósofos hablan del “*homo viator*” – hombre viajero, hombre que camina, peregrino – y que lo propio del hombre es el “*status viatoris*”, el estado del ser que está en camino hacia la felicidad, hacia la plenitud. Todo hombre se mueve como atraído por un imán hacia la felicidad, *peregrina* hacia la plenitud de su ser porque no la tiene y la desea. Y *espera* alcanzarla. Por eso todo hombre, si está vivo en sentido físico y espiritual, se pone en camino esperando alcanzar su plenitud. Camina y espera alcanzar la meta, el fin de su camino. Y como esta meta o fin no se alcanza nunca en esta vida, todo hombre hasta su muerte es un caminante, un *peregrino de esperanza*.

Esta paradoja de la condición humana la expresaba tan correcta y sintéticamente Julián Marías al referirse a la felicidad como ese “imposible necesario”<sup>1</sup>. La felicidad es una necesidad de la naturaleza humana, tendemos naturalmente hacia ella, todo el tiempo, con nombres distintos. Pero es imposible para el hombre poseerla plenamente, totalmente en esta vida. Podemos sentir una experiencia de plenitud, estar pasando un momento de gran felicidad, pero siempre será limitada y transitoria. No hace falta demostrar esto porque todos lo hemos vivido.

De aquí que la esperanza forma parte esencial de la experiencia humana porque al buscar lo que no poseemos, lo esperamos. Si estamos vivos, si respiramos, estamos esperando ya que la existencia humana está lanzada hacia el futuro.

Como magistralmente explica J. Pieper, esta condición de peregrino propia del ser humano incluye un aspecto negativo – no somos plenamente felices – y otro positivo – vamos de camino hacia la felicidad o plenitud de nuestro ser –. Y aquí es donde surge la virtud de la esperanza humana que nos ayuda a asumirnos como limitados, no plenos ni perfectos y, a su vez, nos orienta y empuja hacia nuestra realización. Para el creyente se trata de la simple y difícil aceptación de que somos “creaturas” y no el “Creador”.

Como toda virtud, la esperanza se encuentra en el justo medio entre dos defectos extremos. En un lado está la seguridad de ya poseerlo todo; lo que sería haber caído en la tentación de la riqueza de la cual nos habla Jesús en el evangelio. El rico y poderoso considera que su vida está asegurada por sus muchos bienes y por su poder. En el otro extremo tenemos la desesperación del que considera que no hay meta ni futuro alguno para el hombre, que vamos hacia la nada y que la vida es una pasión absurda. Al respecto compartimos totalmente la afirmación J. Pieper: “Ambas, la desesperación y la seguridad de la posesión, contradicen la verdad de los hechos reales. La única respuesta que corresponde a la situación real de la existencia humana es la esperanza. La virtud de la esperanza es la virtud primaria correspondiente al *status viatoris*; es la auténtica virtud del «aún no». En la virtud de la esperanza se entiende y afirma el hombre ante todo como ser creado, como criatura de Dios”<sup>2</sup>.

En fin, hemos visto cómo la esperanza humana forma parte de nuestra vida cotidiana y, sobre ella, se fundamenta y apoya la virtud teologal de la Esperanza como ya veremos.

---

<sup>1</sup> Cf. J. Marías, *La Felicidad Humana*, Alianza Editorial, Madrid, 1987, págs. 22-26.-

<sup>2</sup> J. Pieper, *Las virtudes fundamentales*, Ediciones Rialp, Madrid, 2010, pág. 364.-